

Capítulo 1: La reina

Derren había acudido a Bosqueazul por el anuncio del rey de Maasz. Sus dominios se limitaban a la parte más septentrional del bosque y sus afueras. Según tenía entendido, el reino constaba de siete poblados y una capital de unos tres mil habitantes.

Tres mil escudos de plata, rezaba el anuncio. Sin duda una recompensa de lo más golosa, pero albergaba cierto escepticismo sobre la capacidad de pago de un reino tan pequeño. Por eso había decidido ver la plata con sus propios ojos antes de aceptar el trabajo.

El cazador observaba el paisaje a través de uno de los grandes ventanales, a la espera de que le invitaran a pasar al salón. A los pies de la ladera se extendía un extenso manto verdoso. ¿Cuántas bestias habría cazado en ese bosque? Trató de dar con el número exacto pero perdió la cuenta. Más de treinta, eso seguro.

En la lejanía se distinguía la línea azul del mar central de los Mil Reinos. Allí también cazaban bestias. O las pescaban. Pero eso se lo dejaba a otros. Lo suyo era la tierra firme.

– ¿Derren Zancadilla? -preguntó un hombre con una tablilla.

“Zancadilla”. Así había logrado salir vivo de la Iniciación del cazador, a los doce años. Con una zancadilla sentenció a morir al único compañero que le quedaba. Pero gracias a ello cazó a un cerbero de dos cabezas y pudo regresar al pueblo convertido en cazador. Los rituales de iniciación siempre se saldaban así. Nadie se lo reprochó nunca, pero a todos les pareció un apodo gracioso y conveniente.

– El mismo.

– La reina Pirla le espera -el hombre hizo un movimiento con el brazo indicándole que podía entrar.

“La reina”. Aquello le pilló por sorpresa, aunque en el fondo no era de extrañar. En la zona de Bosqueazul pululaban los nuevos reyes, pues su esperanza de vida caía drásticamente desde el momento en que subían al trono. ¿Qué habría sido del rey Poig? ¿Seguiría en pie el anuncio? Entró con rebosante curiosidad.

El salón era amplio y la luz vespertina se colaba por múltiples ventanas. Todas de cristal, buena señal. Las alfombras también eran signo de riqueza, sobre todo porque eran de pieles de bestias respetables. Varias pieles de lobos silvestres cubrían los trozos de pared más cercanos a la entrada. “Cualquier idiota puede matar a un lobo de esos”. A medida que las paredes se acercaban al trono, más grandes eran las pieles. Osos. Cerberos de dos cabezas. De tres. Ikranes. Y, en el suelo, la larga alfombra que pisaba era sin duda de un basilisco, uno de los grandes. Con cada pisada se le ponían los pelos de punta: odiaba a las serpientes.

Distinguió varias estatuillas de marfil así como armas labradas en el mismo material, cuya única finalidad era la decoración. No había elefantes ni mamuts en los Mil Reinos, conque lo más probable era que el codiciado material fuera importado, pues Derren no quería ni pensar en la otra opción. El mero hecho de sopesarlo le provocó un escalofrío.

En cualquier caso, el salón era lo suficientemente ostentoso como para que la recompensa anunciada resultara verosímil. Eso lo tranquilizaba.

– Supongo que habrás venido por el anuncio de mi padre -era la voz de la reina.

Su voz resonó en el salón cerrado. Era aguda pero firme. Lo suficiente para que esos bárbaros la respetaran. Estaba sentada en un trono sencillo con dos espadas cruzándose en el respaldo y ninguna incrustación. A su lado había dos hombres fornidos de mirada hosca armados con hachas.

– Así es, Majestad. Quería asegurarme... –las cosas habían cambiado con el repentino reemplazo de mandatario– de que el anuncio sigue en pie.

– Te lo confirmo, cazador. Tres mil escudos de plata -la reina hizo una seña a una de las mujeres que custodiaban el arcón que había en una esquina. La aludida abrió el cofre y levantó la pesada tapa de madera con tiras de cuero, no sin esfuerzo, dejando a la vista cientos de monedas de plata.

– Es una recompensa más bien generosa... y aparatosa.

A Derren le gustaba vivir. Y pasearse por los Mil Reinos con un arcón lleno de monedas de plata era como pintarse una diana en la frente. La reina se encogió de hombros.

– No tienes más que cruzar el mar central para cambiarlo por oro. O gástatelo aquí. En Maasz tenemos muy buenas chicas y hacemos el mejor ron de los Mil Reinos. O, si lo prefieres, puedo rebajar la recompensa a la mitad.

Era mucha plata, y hasta donde el sabía, ningún soberano regalaba la plata. La recompensa solía ir acorde con la dificultad de la misión. Nadie pagaba tres mil escudos de plata por un cerbero, ni aunque fuera de tres cabezas.

– Tamaña recompensa no está al alcance de cualquier cazador, Excelencia... ¿Cuál es la pieza que anda buscando para su rica colección de alfombras?

La reina se levantó con una sonrisa en los labios. Era alta y esbelta. Su cabello dorado brillaba casi tanto como la corona, sencilla pero elegante. El vestido que la envolvía centelleaba al recibir los rayos del sol. “Escamas de ikran”, dedujo Derren. Los ojos verdes como el bosque de la reina se clavaron en los de él.

– Como bien sabrás, se acerca el Torneo de las Pielas. Todavía recuerdo la última vez, cuando mi padre participó con un maldito unicornio. Fuimos el hazmerreir de los Mil Reinos –la reina apretó los puños–. Ahora, tengo la oportunidad de corregirlo. Mi antecesor, el rey Poig, murió hace dos lunas atragantado por un hueso de pollo, el muy idiota –hizo una mueca de asco, o de desdén, o algún tipo de repulsa–. En fin, he oído rumores sobre un monstruo que se ha instalado en las inmediaciones de Drengs, en Colmillos Verdes. Creo que sería una buena pieza candidata para el torneo.

Derren tragó saliva. Odiaba ese sitio. Allí tuvo lugar su iniciación. Allí vio como sus nueve compañeros perdieron la vida uno tras otro. “Tres mil escudos de plata”, se repitió para sí. Carraspeó.

– ¿Un monstruo?

– La libélula. Así es como lo llaman por la sombra que proyecta. La última sombra que aciertan a ver sus víctimas. Las versiones varían, pero mis hombres han sacado en claro que la cosa mide unos cuatro metros de largo. Alas grises y sólidas que se mueven a una velocidad que produce

un zumbido atronador. Cuatro patas fuertes y rápidas, envueltas en un grueso pelaje oscuro. Y cuatro ojos como hondos pozos negros.

– ¿Algo afilado? ¿Dientes? ¿Garras?

– Oh, claro. ¿O es que alguna vez has visto algún monstruo desdentado? –la reina rio levemente–. Dientes, garras... eso y más. Tritura a sus víctimas con las pinzas que tiene encima de la boca. Algunas versiones incluyen dos grandes colmillos, como los de las morsas, pero en mi opinión son sandeces.

– Está bien, pero Colmillos Verdes está lejos. Si no me equivoco, el torneo es dentro de tres lunas.

– No te preocupes, cazador. Hemos organizado una partida mañana por la noche. De momento, ya son tres los que se han unido. Hay espacio para dos más. Tres, si me apuras. El barco os llevará al mar central por el río, y luego hasta Niord. Allí esperará atracado en el embarcadero hasta que uno de los cazadores vuelva con la pieza.

Derren hizo cálculos. Conocía bien la región, pues allí había pasado su apacible infancia hasta convertirse en cazador y tener que sacarse las castañas del fuego por sí solo. Niord era el punto más sureño de la región, y tendría que caminar dos o tres días hacia el norte para llegar hasta Drengs. Eso sin contar con cuatro metros de monstruo a remolcar, evidentemente. “Tres mil escudos de plata”, se repitió para sí.

– De acuerdo. Tened preparado el arcón, un carro y un buen burro para cuando vuelva.

La reina sonrió, complacida con la respuesta.